

# LA CASA DE LAS CAPITANAS



*Cristina Arroyo González*

Sofía, Angélica, Julia y Sara son cuatro viejas amigas que compartieron los mejores veranos de su niñez. Tras años sin verse, Angélica decide que es momento de retomar el contacto. Tiene algo importante que comunicar y organiza una velada en la casa del pueblo de su infancia. Sin embargo, llegada la fecha, ella es la única que no acude a la cita.

Julia Márquez, extrañada por la ausencia de su amiga, decide cerciorarse de que se encuentra bien, pero parece que se haya esfumado después del fin de semana del reencuentro. Las circunstancias la forzarán a adentrarse en una investigación junto a su amigo, Héctor Mendoza, inspector de la Policía Nacional, que les llevará a descubrir un aterrador hallazgo.

*Para mi madre, allí donde esté.  
Para Javi e Íñigo por su incondicional apoyo.*

«La fortaleza de una mujer radica en la  
capacidad para creer en ella misma y en su  
valía»

## PRÓLOGO

Sabía que no era muy buen día para llevar zapatos de tacón, pero tuvo que escapar de casa con lo puesto. Corría nerviosa y sin aliento por la calle San Nicolás en dirección a la Plaza del Castillo, mientras miraba hacia atrás con la sensación de que alguien la seguía.

Los zapatos la estaban matando, prefería unas deportivas cómodas y confortables, a pesar de ello, esa molestia que le ocasionaba hacía que hubiera dejado de sentir el dolor psicológico de las magulladuras en la cara.

Durante mucho tiempo pensó en lo que estaba a punto de hacer, aunque nunca encontraba la oportunidad de llevarlo a cabo. Respiró hondo y meneó la cabeza, como si quisiera ahuyentar aquel pensamiento. En el fondo sabía la verdad y la verdad era que nunca se atrevió a dar el paso, aunque no era la primera ni la segunda vez que ocurría. Hoy había decidido poner orden en su vida y escapar de los insultos, las humillaciones, las prohibiciones que inicialmente eran sutiles pero que en algún momento dejaron de serlo y se convirtieron en rutina. Pensó que por primera vez las cosas eran como deberían haber sido hace tiempo, pero tardó poco en darse cuenta de que la felicidad es una emoción tan intensa como efímera que busca cualquier recoveco por donde escapar.

La suya escapó en la calle, unas horas después, en el mismo momento que fue consciente de que ya era demasiado tarde para huir.

Una terrible sensación de impotencia la obligó a cerrar los ojos. Apenas tenía fuerzas para mantenerse erguida. La falta de oxígeno le impedía pensar con claridad. Había cometido errores muchas veces, pero nunca pensó que rememorar su infancia fuera uno de ellos. Sin embargo, hay un momento al final de la vida en el que todos los actos pierden importancia: los buenos, los malos y el resto. Ya no importaba nada porque había llegado ese momento.

Una voz impasible, a su lado, susurraba las mismas palabras una y otra vez. Se llevó las manos a la garganta a la vez que su cuerpo intentaba desesperadamente agarrarse a la vida aspirando una bocanada más de aire. Cayó desfallecida sobre sus propios brazos y no pudo hacer más que dejarse llevar. Ahora solo sentía frío y poco a poco todo se tornó oscuro y silencioso.

## CAPÍTULO 1

El día amaneció despejado. Se preguntaba cómo estaría la casa mientras conducía de camino al pueblo. Repasó mentalmente los años que habían transcurrido desde la última vez que la visitó.

—Los últimos que trabajé en el banco, los casi seis años que llevo por mi cuenta, pues sí, me salen diez —dijo en voz alta como si estuviera dando explicaciones a alguien.

Estaba contenta con que Angélica hubiera tenido la gran idea de volverlas a reunir. Recibió su llamada dos semanas atrás y estuvo a punto de no atenderla. El número desde el que la telefoneó no aparecía registrado en su agenda y no acostumbra a contestar llamadas de números desconocidos en su móvil particular. Normal, había pasado mucho tiempo. Gesticulaba con la cabeza dándose la razón a ella misma. Era tiempo suficiente como para haber cambiado de número de móvil, de trabajo, de piso y, por qué no, de pareja.

Le hizo mucha ilusión volver a oír su voz. Lástima porque tenía un trabajo importante que debía atender durante esos días. Por eso no pudo quedar de inmediato, pero no importaba. Sonrió mientras miraba por el espejo retrovisor por si venía algún coche detrás. Cualquier fin de semana es idóneo para un reencuentro entre amigas.

Puso el intermitente y giró a la derecha. Debía hacer un cambio de sentido para entrar al pueblo de Lezana de Mena. El camino lo había recorrido tantas veces años atrás que lo conocía como la palma de la mano.

–No me canso de ver el paisaje y parece que el tiempo nos acompaña –pensó en voz alta mientras seguía conduciendo.

No era habitual en esas fechas el buen tiempo. Generalmente en noviembre llueve y sobre todo hace mucho viento. Por lo visto llevaba calentando el sol toda la semana. Había comprobado varias veces la información meteorológica en el móvil los días previos.

Giró ligeramente la cabeza para observar la frondosidad y el verdor de los árboles en la peña. Desde niña le gustaba mirar cómo las ramas de los robles y encinas se entrelazaban en sus copas formando una bóveda natural en el trayecto de entrada al pueblo. Y al final, ya en la plaza, la torre. Una construcción del siglo XIV. Siempre pensó que añadiría un estilo *vintage* al pueblo. Estaba segura de que Héctor se enfadaría con ella si oyese su pensamiento y eso le dibujó una sonrisa en la cara. Es un profundo conocedor del arte y la historia de España y le molestaba que no hablase con propiedad. A ella le traía sin cuidado, no entendía del tema, para eso estaba él.

Aparcó al lado de la verja. Llevaba muchos años sin entrar en la vieja casa. Se bajó del coche y permaneció estática mirando la fachada como si estuviera viendo un fantasma. Le pareció oír ruidos en el interior, pero sabía que era imposible. La casa no estaba habitada. Se conservaba igual, como si los años no hubieran pasado, como si el tiempo se hubiera detenido solamente en esa parte del pueblo, en una casa vacía. Seguía observándola y por un momento le pareció ver a las cuatro niñas correteando por el atrio, atravesando sus pasadizos y contando historias de miedo escondidas bajo las camas de alguna habitación.

Sacó las bolsas del coche y las posó en el rellano. Emocionada como una adolescente, se acercó con curiosidad a retirar una de las piedras del zócalo de la entrada. Siempre dejaban que sobresaliera de las demás para saber cuál era. Debido al tiempo transcurrido ya no se distinguía



del resto. Ahora era más difícil reconocerla. Titubeó un poco pero enseguida supo cuál. Habían pasado diez años. Era un buen escondite para la llave, de hecho, seguía allí. No obstante, llevaba la suya.

Después de varios intentos, no sin dificultad porque tenía una de las manos ocupada con varias bolsas, logró abrir la puerta. Su interior se veía como un escenario de una película de terror. Oscura, lúgubre, llena de bultos tapados con sábanas blancas a modo de espíritus guardando cada uno de sus rincones. Volvió a oír un ruido. Esta vez en el piso de arriba.

Dejó sigilosamente las bolsas en el suelo.

—¿Hay alguien ahí? —Se veía ridícula preguntándolo, pero estaba claro que en el mejor de los casos podía ser un animal que se hubiera colado por algún agujero, y en el peor una persona. Aunque años atrás hubiera pensado que había espíritus.

Miró por el rabillo del ojo a su derecha antes de subir por las escaleras buscando algo con lo que defenderse en caso de necesidad. Recordaba que en la entrada había un paraguero antiguo donde, además de los paraguas, dejaban los palos que el padre de Sofía recogía por el camino cuando iba al monte. Efectivamente había uno largo, de avellano, de los que, si recibes de él, aunque sea flojo, te deja un recuerdo de por vida.

Sin dudarlo, agarró el palo con fuerza entre las manos como si se tratase de un bate de béisbol y se dispuso a subir peldaño a peldaño. Despacio para no hacer mucho ruido, aunque en esa casa centenaria era una misión imposible. Todo hacía ruido. Pasaba de un peldaño a otro resguardándose la espalda en la basta pared de piedra con la que se había construido. Más de un metro de grosor separaba el interior de la calle.

Antes de poner el pie en el último peldaño, oyó unas risitas a su espalda. Julia se giró bruscamente y observó a Sofía y Sara immortalizando el momento con una foto. La

situación realmente era graciosa y un poco ridícula, aunque viniendo de ella no les extrañó.

—No has cambiado nada —dijo Sofía. Las tres se echaron a reír. Dejó el palo apoyado para poder abrazarlas. Después de tanto tiempo los ruidos podían esperar.

—¿Qué tal estáis, chicas? Os veo muy bien, parece que el tiempo no ha pasado por vosotras. —Y era cierto. Estaba convencida de que los años les habían sentado bien a las tres—. Contadme. Estoy impaciente por saber qué ha sido de vosotras todo este tiempo. No es por excusarme, me pareció oír un ruido que venía de arriba.

—Te conocemos de sobra. —Sara rio mientras se dirigía al piso de abajo—. Los miedos los llevas dentro desde pequeña. ¿Qué os parece si vamos sacando todo lo que traemos y nos preparamos algo de beber? Podemos charlar en el porche mientras lo tomamos. Estoy sedienta.

En la planta baja había un gran salón con chimenea y una mesa maciza de roble de estilo colonial donde posaron las mochilas y las bolsas. Quitaron las sábanas que tapaban los muebles y abrieron las ventanas de la casa para airearla mientras se instalaban. Iban a ser solo un par noches.

—Perfecto. Vamos haciendo tiempo hasta que llegue Angélica —dijo Sofía mientras sacaba unos paquetes de patatas fritas, algo de fruta y unas latas de refresco. Cogió una manzana y se dispuso a darle un mordisco. Dirigió la mirada a Julia—. Sigues igual de divina. Traerte tacones al pueblo no es lo más cómodo. —Mientras hablaba le guiñó un ojo a Sara. Le hacía gracia su reacción cuando la pinchaba.

—Y tú igual de descarada. Las cosas no cambian con el tiempo.

Sara subió las mochilas y las distribuyó en las habitaciones de la planta superior.

—Vamos, Sara, salgamos al porche. Bájate una manta. Si no recuerdo mal estaban en el armario de la habitación

grande. –Tuvo que subir el volumen de voz para que la oyera.

La casa llevaba tiempo sin estar habitada, pero seguía teniendo todo lo necesario para vivir. Se sentaron las tres en unas hamacas que encontraron en el cobertizo y se taparon con unas mantas. Una taza de té caliente les vendría bien mientras esperaban a Angélica.

–Contadme. No, mejor espera que lo adivino. Tú, Sofía, sigues soltera y sin compromiso. ¿Continúas en la agencia de viajes? –preguntó con mucha curiosidad.

–Cómo me conoces, ladrona. Solterita o solterona, como prefieras. –Soltó una carcajada–. Ya sabéis, mejor sola que mal acompañada. La agencia de viajes cerró y me tuve que buscar la vida por otro lado. Ahora trabajo en un supermercado. Por cierto, ¿sabes algo de Héctor? Me he acordado mucho de él todos estos años. Te pregunto a ti, Julia, porque vuestra familia tenía mucha relación con la suya.

–Olvídate, nena. Si estás pensando en él, que sepas que está felizmente casado.

–Ya me conocéis, no soy celosa –dijo Sofía bromeando. Sara aprovechó para lanzarle un cacahuete en señal de reproche para que se callase.

–¿Y tú, Sara? –le preguntó.

–Encontré trabajo en la Escuela de Arte Dramático en Pamplona. Soy profesora de interpretación, chicas. –Hizo una reverencia como si estuviera poniendo fin al primer acto de una obra de teatro.

–¡Pero qué me estás diciendo! ¡Tenemos una actriz en el grupo! ¡Esto es un lujo! –Sofía se inclinó sobre la mesa para abrir otra bolsa de frutos secos–. Pues solo faltas tú, Julia, sorpréndenos.

–Dejé el banco hace seis años. –El comentario desvió la atención hacia ella. Efectivamente las había sorprendido.

—¿Y eso por qué? —preguntaron al unísono. El comentario les interesó mucho. Sabían que llevaba mucho tiempo trabajando en la misma entidad financiera.

—Precisamente fue Héctor quien me dio una oportunidad. Los últimos años fueron duros. Decidí estudiar psicología, no con el apoyo de mis padres, desde luego, pero logré terminar. Ahora tengo mi propio despacho. Ayudé a Héctor en un par de casos y eso favoreció mi carrera. Bueno, mi segunda carrera.

—Genial, tenemos una artista y una loquera —dijo Sofía—. Nos falta Angélica para completar el cuarteto. Has tenido el valor de estudiar otra carrera al mismo tiempo que trabajabas. Eres mi heroína. —Volcó los últimos frutos secos de la bolsa directamente a su boca.

—Tienes razón, no me resultó nada fácil pero ahora estoy muy satisfecha. —Sacó el móvil y revisó el registro de llamadas—. Chicas, está anocheciendo y sigo sin tener noticias de Angélica. La he llamado varias veces, pero su teléfono no está operativo. ¿Tenéis algún otro número al que podamos llamar?

Sara sacó su móvil.

—Yo tengo uno, podemos probar, aunque no sé si lo mantendrá. —Lo marcó y esperó unos segundos. Movié la cabeza en sentido negativo al colgar—. Nada, tampoco. Quizá no ha podido venir o no le ha apetecido en el último momento.

—No, no. Fue ella quien tuvo la idea de que nos reuniéramos. Yo me limité a avisaros. No hablamos mucho por teléfono, pero me dio la sensación de que quería contaros algo —dijo mientras volvía a mirar el móvil.

Pensó que no podían hacer otra cosa que esperar. Se hizo tarde charlando, recordando las travesuras de niñas y bebiendo algunas copas. Al día siguiente se le pegaron las sábanas, aunque no solo a ella. Se levantó en cuanto se despertó y alguien estaba ya abajo, en la cocina. Mientras se vestía percibió un aroma agradable a café y a una mez-

cla de vainilla y canela de bollos recién horneados que le abrió el apetito.

Sara estaba preparando el desayuno y parecía que Sofía aún no se había levantado.

—¿Seguimos sin saber nada de Angélica?

Sara negó con la cabeza.

—No te preocupes, Julia, seguro que le ha surgido algo y no ha podido venir. Ya nos enteraremos.

—Me resulta raro, la verdad. No tiene sentido que quisiera organizar este fin de semana para luego dejarnos tiradas. —Sujetó la taza de café ardiendo entre las manos—. En fin, tienes razón, ya nos enteraremos supongo.

El fin de semana se le hizo un suspiro entre paseos, recuerdos y téis calientes en el porche. Las risas y la terapia de grupo surtieron efecto. Por un momento volvieron a ser niñas y a disfrutar sin las preocupaciones que atan a los adultos. Durante aquellos dos días aparcaron los trabajos, la familia y la rutina diaria. Disfrutaron del silencio del pueblo, de los paseos, de las vistas y de la charla que entablaron con algún que otro vecino que les recordó tiempos pasados. La casa tenía su vida propia. Estaba llena de recuerdos, de buenos momentos.

El domingo, Sara aprovechó para irse a la vez que ella. Querían salir antes de comer. Sofía prefería quedarse un rato más y cerrar la casa.

No había llevado mucha ropa, así que no tardó en recoger. Repasó mentalmente si lo llevaba todo, era muy dada a olvidarse cosas. Le faltaba el neceser. Se dirigió al cuarto de baño y abrió la puerta sin llamar. No se había dado cuenta de que Sara estaba dentro también recogiendo. De reojo vio una caja de Reagila que Sara guardó rápidamente en su neceser.

—¿Estás bien? ¿Estás tomando medicación? —preguntó preocupada. No era psiquiatra, pero había escrito unos cuantos artículos para revistas especializadas sobre alteraciones del comportamiento y trastornos de conducta. Leía

bastante al respecto y sabía que Reagila era uno de los tratamientos que los psiquiatras recetaban para esas dolencias—. ¿Desde cuándo lo tomas?

—Desde que murió mi madre —titubeó—. Lo pasé muy mal y al final tuve que pedir ayuda a un especialista. Ya sabes lo que ocurrió y no quiero pasar por lo mismo.

—No te preocupes. Eso no va a ocurrir. —La tranquilizó.

Se dirigió con las bolsas al coche. Mientras bajaba las escaleras recordó el episodio de la madre de Sara. Fue muy traumático. Nunca se quiso tratar y su esquizofrenia acabó por llevarla al suicidio. Ellas entonces eran unas niñas, pero lo recordaba con toda claridad. Se alegró de que Sara hubiera tomado una decisión diferente y se tranquilizó.

Cargó los macutos en el maletero y se dispuso a arrancarlo antes de despedirse. Lo intentó tres veces seguidas sin éxito. Estaba segura de que se trataba de la batería. No era la primera vez que el coche la dejaba tirada y en ese momento se lamentaba de no haberlo cambiado ya. Tenía más de 15 años y demasiados kilómetros.

—Vaya, pues a lo mejor no me voy —les dijo con ironía.

—¿Quieres que le eche un vistazo? —dijo Sara remanándose el jersey.

—No me digas que sigues con tu pasión por los coches y los *rallies*.

—De eso le echas la culpa a mi padre. No puedo calcular todas las competiciones a las que me llevó y las horas que pasé con él en el taller. Le gustaba su profesión. Efectivamente es la batería, Julia.

Aparcó el coche al lado del otro, sacó unos cables con pinzas que conectó a las baterías de ambos a la vez que le explicaba cómo hacerlo por si le volvía a ocurrir.

—Da el contacto y trata de arrancarlo ahora.

Esta vez arrancó a la primera.

—¡Estupendo! Muchas gracias, Sara, yo soy completamente inútil en este tema. Me has explicado lo que hay

que hacer y ya no lo recuerdo. La mecánica y yo somos incompatibles.

Sara sonrió mientras guardaba los cables con las pinzas en el maletero.

Se despidieron con cierta tristeza. Deseaba no volver a perder el contacto y sabía que Sara y Sofía tampoco. Lo habían pasado muy bien, aunque les dejó cierto sabor amargo el hecho de que Angélica no hubiera aparecido. Quizá para Sara y Sofía la explicación resultara algo tan sencillo como un cambio de planes, pero ella estaba convencida de que no era así. De otra forma no tendría sentido su llamada y su insistencia por organizar el fin de semana.

Mientras conducía de vuelta a casa, pensativa y preocupada, le venían a la cabeza una y otra vez las palabras de Angélica: «Encárgate de llamar a las chicas. Tenemos que volver a juntarnos. Tengo algo que decir, pero ya hablaremos. Ahora no quiero entretenerme más».

El timbre del móvil le devolvió de nuevo a la realidad. Llevaba el *bluetooth* activado. No le gustaba estar pendiente de llamadas mientras conducía.

—¿Sí? —preguntó sin apartar la vista de la carretera. Cada vez le gustaba menos conducir, se sentía insegura al volante.

—Niña, un día te vas a dejar la cabeza en algún lado —dijo Sofía entre risas—. Te has olvidado un zapato, así que a no ser que quieras ir coja te aconsejo que no te pongas el otro.

—Qué chispa tienes. Seguro que me lo has quitado tú para hacerme la gracia. No te preocupes, guárdamelo ahí. Lo recogeré la próxima vez que nos veamos.

Le hacía reír y eso lo valoraba mucho en la gente. Si de algo podía presumir Sofía era de sinceridad. Le costaba fil-